

todos sus celajes, el dolor con todas sus penas, la muerte con todos sus misterios, el ideal á que tienden todas las facultades, lo infinito que nos circunda y nos envuelve, nuestro propio sér y todo el Universo. El error de los positivistas estriba en el intento de conocer la religión por facultades privativas de la ciencia, por la razón pura, por el raciocinio lógico, por la observación natural, por la experiencia y demás medios puramente científicos; empresa tan vana como si le pidiéramos al arte y sus creaciones la vida y el movimiento y el sér y la esencia de una realidad. Así como el raciocinio puro no sirve para el arte, que necesita y exige la inspiración del sentimiento, no sirve tampoco el raciocinio puro y abstracto para la religión, que necesita y exige la fe; así como el testimonio de nuestros sentidos muchas veces contradice la razón y no por eso dejamos de necesitarlo y de necesitarlo vivamente. Lo cierto es que sobre las cimas del mundo se levantan los templos cargados de ex-votos y henchidos de oraciones; que, por do quier, los altares humean iluminados por las llamas del holocausto y del sacrificio; que las tumbas de las generaciones muertas obstruyen los caminos de las generaciones vivas y les hablan del espíritu religioso, cuyos consuelos han convertido la nada en vida, que una oración incesante sube, con las alas desplegadas, por la inmensidad en pos de algo superior á todo lo creado: que los planetas, bogando por los espacios etéreos, llevan humanidades varias en sus senos, las cuales no se contentan y satisfacen con el calor de la vida material y con la comunicación de los seres materiales, sino que, poseedoras de lo perfecto y de lo absoluto en su mente, buscan el sér de absoluta perfección, correspondiente á su ideal, y oculto en los abismos tras el resplandor de los cielos.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Conciliaciones en el protestantismo alemán



N estas crisis y manifestaciones religiosas produjéronse dos escuelas que verdaderamente habían de tener, á pesar de su carácter teológico, poderosísimo influjo en el movimiento político. Era una la escuela de Jena, y avivando el espíritu religioso, querían quitar de la religión todo aquello que pudiera ofender al carácter y á las creencias universales del siglo décimo-nono. Era otra la escuela de Tubinga. Las dos querían avivar el espíritu religioso, y avivando el espíritu religioso, querían quitar de la religión todo aquello que pudiera ofender al carácter y á las creencias universales del siglo décimo-nono. Hay en religión elementos que le han sido necesarios, indispensables, y que son un obstáculo contra el cual se han estrellado todas las apologías, los elementos del milagro. Si lo sostenéis imposible que un siglo tan adelantado en ciencias físicas y naturales comprenda ni una palabra de esa religión; y si lo quitáis, imposible sostener una religión nacida del milagro, promulgada entre milagros y por milagros defendida. Estas dificultades se presentaban á los ojos de los pensadores de una y otra escuela. Los de Jena contradecían, negaban resueltamente el milagro sobrenatural; ó lo explicaban de tal suerte, y por medios tan naturales, que se desvanecía y disipaba. Los de Tubinga tenían espíritu más de conciliación y de armonía, comprendiendo que despojaban á la religión de su esencia despojándola del milagro. Se ha llamado á la primera tendencia, la que intenta extirpar el milagro tanto de la naturaleza como de la religión, tendencia racionalista. El más batallador entre los teólogos racionalistas es el célebre Juan Federico Röhr, quien desde fines del siglo pasado hasta mediados de este siglo ha combatido con igual energía, muy cercana de la triste aspereza, con empeño á todos aquellos tenaces en conservar lo que él denominaba parte